

MÉXICO EN NUESTRA AMÉRICA IDENTIDAD Y PERTENENCIA

Víctor Hugo Morales Meléndez

México se concibe como un país bisagra entre el Norte y el Sur, entre Occidente y Oriente, con una realidad geográfica que lo sitúa en la parte septentrional del continente americano y un devenir histórico y de desarrollo que lo ubica en Mesoamérica, más aún, una identidad cultural que lo define latinoamericano.

La nación mexicana se entiende por su composición étnica mayoritariamente mestiza, producto de la población originaria y la presencia europea; también por sus fronteras que lo unen indisolublemente a Centroamérica, al Caribe y a América del Norte; sin olvidar una relación secular con el Pacífico asiático.

Desde los albores de su vida independiente, México apostó por un acercamiento con el sur, ante el expansionismo estadounidense y las amenazas de las viejas potencias coloniales, consciente que dicha aproximación y relacionamiento podría fortalecer su independencia. Don Lucas Alamán concibió, bajo la inspiración bolivariana, un proyecto de integración regional¹; por ello en 1830 nombró a Juan de Dios Cañedo como enviado plenipotenciario de México en las diez naciones independientes sudamericanas, con el fin de lograr un acercamiento y un proceso de unidad; proceso frustrado por factores como la inestabilidad política en la región, la distancia que se alargaba por la débil infraestructura, la precariedad de los medios de transporte y la lentitud de las comunicaciones.

Como heredero del Virreinato de la Nueva España, México fue desde el inicio de la vida independiente un referente para los demás países surgidos del proceso de separación de las potencias iberoamericanas, fue lo mismo un país de ensueño que de desafección, pero siempre una referencia de pertenencia, de un estar ahí y ser parte de.

Recordemos el valor y la entereza de Juan Lindo, presidente de Honduras, que en 1847 emitió una proclama de solidaridad en defensa de México ante la invasión

¹ Antonio Gómez Robledo, "Frustración hispanoamericana" en *Política Exterior de México, 175 años*, tomo II, México, SRE, 1985, pp.178-187.

estadounidense², única en todo el continente, cuyos gobiernos en realidad vieron con cierto desdén lo que sucedía. Y recordemos también al poeta y diplomático peruano Manuel Nicolás Corpancho, quien se opuso a la intervención francesa y, durante el mismo periodo, al general argentino Germán Edelmiro Mayer, quien se involucró en la lucha contra el emperador Maximiliano, actitudes a contracorriente a la asumida por el entonces imperio brasileño; sin olvidar tampoco al diplomático chileno Anselmo Hevia Riquelme, personaje de todas las confianzas del Presidente Francisco I. Madero, a quien le encargó salvaguardar la vida de su familia; la mediación de los representantes diplomáticos de Argentina, Brasil y Chile (bloque ABC) tras el Golpe de Victoriano Huerta y el desembarco de los marines estadounidenses en 1914; así como el despliegue de ayuda —masivamente latinoamericana— luego de los sismos de 2017 que dañaron severamente a México.

Ha habido situaciones de distanciamiento, como la ruptura de relaciones diplomáticas con Venezuela en 1923, derivada de la creciente tensión política entre ambos gobiernos y el repudio a la dictadura gomecista³; con Ecuador en 1928, por reclamos ante las opiniones vertidas por el cónsul general de México⁴; con Perú en 1932 como producto del malentendido ocasionado por las actividades de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) y la relación de su dirigente, Raúl Haya de la Torre con México⁵; el rompimiento con la dictadura pinochetista en 1973. Más recientemente, el enfriamiento de las relaciones con Venezuela en 2005, derivado de posiciones divergentes en materia comercial, que devino en el retiro de los embajadores de ambos países.

Decía Alfonso Reyes que la primer lectura de Rodó le hizo comprender que hay una misión solidaria en los pueblos,

² Rafael Heliodoro Valle, "La adhesión de Honduras a México", en *Revista de la Cancillería de Honduras*, enero-junio de 2008, No. 12, Tegucigalpa, p. 95.

³ D.F. Maza Zavala, "Historia de medio siglo en Venezuela: 1925-1975", en Pablo González Casanova (coord.) *América Latina: historia de medio siglo*, vol. 1, 3a. ed., México, Siglo XXI, 1982, p. 484.

⁴ Guillermo Palacios, *Historia de las Relaciones Internacionales de México 1821-2010, América del Sur*, tomo 4, México, SRE, 2010, p. 225.

⁵ Fabián Herrera, *México y Perú, historia breve de una relación en maduración*, en imprenta, p. 27.

que dependemos de todos los que dependen de nosotros⁶. Por ello, no puede olvidarse la solidaridad y fraternidad mexicana hacia la región, entre ella, la ayuda a Chile tras la devastación provocada por el sismo de 1939; el apoyo brindado a Bolivia, en los años 40 del siglo XX, para su desarrollo agrícola, con la construcción de la presa *México* en Cochabamba; la generosa acogida de perseguidos políticos centroamericanos y caribeños a lo largo del siglo XX; la batalla diplomática en contra de la exclusión de Cuba de la OEA en los años 60; el recibimiento abrumador del exilio argentino, uruguayo, chileno y brasileño de la década de los años 70 del siglo pasado; el decidido apoyo a Centroamérica tras el paso del huracán Mitch en 1998 y a Haití por el sismo de 2010; también el respaldo diplomático para que Paraguay no quedase aislado tras los sucesos de 2012.

A pesar de los signos de amistad y distanciamiento, de solidaridad y tensiones que han marcado por igual la historia de los vínculos de México con América Latina, ha prevalecido en el pueblo mexicano un sentimiento de pertenencia e identidad con la región. *Nuestra América*, ese monumental escrito de José Martí, vio la luz en el norte, primero en Nueva York y luego en la Ciudad de México, corría el mes de enero de 1891; desde ahí irradió su proclama y sentimiento hacia el sur, una proclama de unidad de los pueblos y un sentimiento de identidad. México fue, por tanto, el primer país de Nuestra América en recibir ese llamado.

Desde entonces, México tiene el imperativo moral de concebirse, sentirse y actuar como un país latinoamericano, más aún, de impulsar un liderazgo en la región que le dé voz, trascendencia e influencia, como fue la iniciativa que motivó la creación de la primera zona densamente poblada del planeta libre de armas nucleares y que ha pasado a la historia como Tratado de Tlatelolco. La aportación mexicana a la conformación de la conciencia latinoamericana ha sido históricamente relevante: la lucha por la preservación de los valores republicanos con Juárez; el aprecio por la democracia con Madero; la reivindicación agraria y campesina con Zapata y el posicionamiento del nacionalismo con Cárdenas; sin olvidar la influencia cultural que desde México ha irradiado al resto de los pueblos latinoamericanos.

Existen, sin embargo, voces que sitúan a México fuera de Nuestra América, como una nación latinoamericana que no lo es más, en ocasiones por desconocimiento del dique que ha sido como frontera cultural para preservar la identidad subregional; en otras, por percepciones que confunden decisiones estrictamente comerciales con identidad histórica, comunidad de intereses y afinidades culturales; otras más que han llevado a algunos a intentar separar lo

⁶ Alfonso Reyes, *Un hijo menor de la palabra*. Antología, FCE, México, 2015, p. 429.



La influencia cultural ha irradiado desde México al resto de los pueblos latinoamericanos

que de suyo es inamovible, la unidad latinoamericana desde el Río Grande a la Tierra del Fuego.

México, siendo un país profundamente mestizo, reivindica su pertenencia latinoamericana, consciente que todo latinoamericano es –culturalmente– mestizo. Hablar de latinoamericanidad es hablar de la cultura que nos une e identifica, es hablar de identidad compartida, que viene de una historia y una memoria colectiva comunes. Ha sido sobre todo la población mexicana la que ha creado espacios de latinoamericanidad –junto con otras muy relevantes comunidades– en suelo estadounidense, lo que explica en parte la fuerte reacción y las políticas del actual gobierno de ese país. En América Latina –en Nuestra América– es donde está la identidad mexicana, es ese su espacio de identidad y de oportunidades, al que pertenece y en el que por vocación cultural, afinidad de intereses e historia está llamado a afianzar su presencia e influencia.

El país tiene el desafío de superar las percepciones –aún prevalecientes en algunos círculos de opinión– de que está alejado de América Latina; es parte de ella y es una de sus naciones más relevantes por su fuerza cultural y su trascendencia en política exterior. Tiene además el reto de darle sentido geoestratégico a su pertenencia latinoamericana. Es este un buen momento. ☒

Víctor Hugo Morales Meléndez. Internacionalista mexicano por la UNAM, diplomado en estudios latinoamericanos, posee un Master en Geopolítica y Seguridad Global por la Universidad de Roma. Es profesor universitario y diplomático de carrera. Actualmente es Director General en la Subsecretaría para América Latina y el Caribe de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.